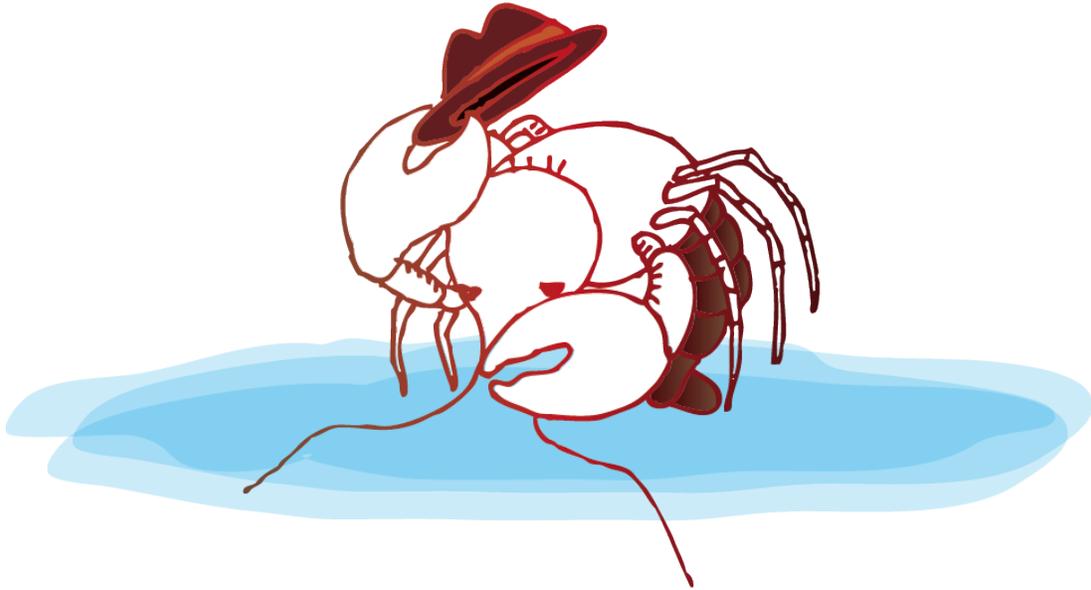


El camarón del pozo



El 21 de febrero hacía más calor que nunca y era más difícil, porque escaseaba el agua.

La casa tenía una manguera negra que goteaba dentro de una tinaja de greda, que, según mi mamá, había sido de mi bisabuelo.

Escuché a la abuela decir “hay que ir a limpiar el pozo, debe de estar tapado” y partimos para allá.

Era un pozo grande que nacía de una vertiente debajo de un viejo boldo.

Mi abuela se puso unas botas negras hasta la rodilla, yo me arremangué el vestido y le hice un nudo. Luego, comenzamos a trabajar. Aunque el agua estaba helada, fue un alivio refrescar mis pies en aquella agua lodosa.

Mientras sacábamos una especie de telas verdes y algunas plantas que crecían en la orilla, comencé a observar la enorme vida que



tenía el pozo. Pasó rápidamente una libélula que parecía un pequeño helicóptero; reconozco que me dio un poco de susto.

Miré unos escarabajos que nadaban felices en el agua como corriendo de un lado a otro. Había también unas pequeñas ranitas en la orilla, casi no las veo porque eran del color de la tierra. Un montoncito de abejas se refrescaba las patitas en el agua, igual que yo, quizás un poco inquietas por tanto movimiento.

Entre tanto observar la gran cantidad de seres que allí vivían, me di cuenta de que el agua ya no estaba tan verde, sino que de un color café claro por tanto ajetreo.

- Cuidado con el camarón, dijo la abuela, señalándome un rinconcito del pozo. Rápidamente, saqué los pies del agua por temor a que me mordiera con alguna de sus tenazas, mientras mi abuela se reía debajo de su chupalla que la protegía del sol.

- No, mi Negrita, el camarón no te va a morder. Él vive aquí y es el encargado de limpiar el pozo, pero a veces hay que ayudarlo. Él se preocupa de sacar las basuras que caen del boldo para que no se tape.

Yo no me explicaba cómo un pequeño camarón tenía tanta responsabilidad y que gracias a él yo podía tomar agua.

- Así es, dijo mi abuela. Él es el señor del pozo. Gracias a que cuida y limpia nuestra agua, ésta puede llegar hasta la tinaja.

Quedé sorprendida y me dio risa. Quizás el camarón pasó muy cerca de mis pies y no lo vi, menos ahora con el agua turbia. Imagínense que lo hubiera pisado, no tendríamos agua limpia; no quería ni imaginármelo.

Habían pasado algunas horas y ya era un poco tarde, por lo que regresamos a la casa.

Vimos que salía fácilmente el agua, pero era de un color como leche con chocolate. Me dijeron que no me preocupara y que al otro día estaría mejor.

Apenas desperté al día siguiente, fui inmediatamente a ver la tinaja.



Ésta brillaba por la claridad del agua, salía muchísima y estaba muy limpia.

Agradecida partí corriendo a visitar a don Camarón por lo que hizo esa noche al limpiar el pozo del barro que tenía el agua.

Pasó un buen rato y todavía no podía verlo. De pronto, un chorro de agua pasó veloz frente a mis ojos; ahí lo conocí, grande y gordo, con dos enormes tenazas y una cola que movía como escoba: el camarón del pozo ya estaba trabajando para nosotros. 🌸

Este texto forma parte de una antología del concurso literario “Historias de Nuestra Tierra”, de Fucoa (Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro).

Todos los derechos reservados.

Su autora es Amanda Andrea Núñez Bermudo. Envió el texto al concurso estando en 5º Básico del Colegio República del Brasil, Concepción, región del BíoBío.